

Dicen que lo único que hace que se nos erice la piel es la ilusión.

Esa ilusión de coger esa tarjeta de embarque con los menos, y escuchar en el avión a esa azafata diciendo “buen vuelo”.

Ese día había llegado, a las 10:30h salía mi vuelo Madrid-Paris.

Llegué a las 9:30h al aeropuerto, estaba inmerso en un conjunto de sensaciones, nervios, emoción y sobre todo, muchas ganas.

Nuestro vuelo llegó a París con media hora de retraso. El capitán nos dio la bienvenida a la gran capital, al fin estaba allí. Cuando puse un pie en tierra, cerré los ojos y sentí por primera vez lo que mi cabeza había imaginado durante tanto tiempo, el olor de París.

Caminé hacia la salida con mi maletita dispuesto a adentrarme en toda una aventura, en mí aventura. A la salida estaba esperándome un señor con un cartelito que ponía mi nombre. Me llevó a un coche para acercarme al hotel y con un tono amable me dijo si alguna vez había venido. Le dije que en mi mente había recorrido mil calles de París, pero físicamente era la primera vez. Y me dijo algo que nunca olvidaré. ‘París es soñar, y hay que visitarlo soñando, nunca lo olvides’.

Llegué agotado al hotel, había sido un día agotador pero las ganas de comerme esa ciudad pesaban más que mi cansancio. Dejé las maletas en el hotel, me puse cómodo, y me fui a por mi primera visita.

La torre Eiffel. Ese edificio que dicen que si subes a la última planta puedes casi rozar el cielo con las manos. Cogí un ascensor de cristal que iba subiendo cada una de las plantas, y cuando llegue arriba del todo, recordé lo que me había dicho aquel conductor que me había venido a buscar. “Paris es soñar” .Cerré los ojos, me apoyé contra la barandilla, y era como si el ruido de tantísimos turistas dejase de existir y solo estuviese yo. Lo tenía claro, esto sería mucho más que un simple viaje.



A posteriori, me dirigí a lo que los franceses denominaban “**Le Musée du Louvre**”, el museo del Louvre. Es lo más parecido a algo así como una mezcla de bellas artes, artes decorativas y arqueología , parecía que la Gioconda me miraba más sonriente que nunca y

las obras de arte no tenían nada que ver en cuanto a dimensiones a lo que había visto en fotografías. Todo el mundo en silencio, dando pasos suaves sin hacer mucho ruido y a penas charlando, parecía que estábamos verdaderamente en el Olimpo sin civilización.

Salí del museo, y mis intestinos no dejaban de rugir. Me dirigí a comer algo que me diese fuerzas para sobrellevar la tarde, y un amable señor a la salida me dijo con su francés perfecto, “ es usted turista? “ mi mente asombrada asentó con la cabeza, y el amable caballero me dijo que tenía demasiadas marcas en mi mapa, y que los lugares bonitos de París, no se viven con mapa. Me dijo también, que las noches son más bonitas que los días, y que era una pena desperdiciarlas en un hotel. Y tenía razón. Estaba esperando colas inmensas y gestionando mal mí tiempo. Algo tenía que cambiar.

Los minutos pasaban y en mi agenda aparecía en fluorescente, “**navegar por el Sena**”. Y decidí navegarlo de otra manera. Cogí mi cuaderno de pintura, y me senté en un banco que estaba justo enfrente, habían muchas barquitas cual Venecia, pero sobretodo era capaz de percibir de una forma más pausada todo lo que sucedía a mi alrededor. Los niños veían el Titánic donde los padres veían solo agua. Y los puestos ambulantes de algodón de azúcar no dejaban de recibir monedas de niños golosos.

Me levanté y fui a pasear. Había tantos monumentos y edificios gigantes, que sabía que en unos días sería imposible de visitarlo todo.

Agotado, y con unas ampollas de caminar, me dirigí al hotel a cenar y descansar hasta el día siguiente.

Hacia un día más que espectacular, el sol había salido muy temprano y estaba preparado para recorrer la maravillosa île de la cité, allí se encuentra el palacio de justicia, y la aglomeración de gente era asombrosa. Allí se encuentra la **catedral de Notre Dame**, que era enorme, su estilo Gótico hacía que fuese el centro de atención de tantísimas miradas. Estaba claro que ahora entendía que no hubiesen escogido otro lugar para la beatificación de Juana de Arco, o para la coronación de Napoleón Bonaparte.



Aproveché porque en **la île de la cité** , hay un **mercado**, que es de los más famosos de París, en la Place Louise Lépine, que había querido visitar siempre

,y que está abierto durante todo el año, entre semana vende flores, y los domingos también vende pájaros de todo tipo.

Se iba haciendo de noche, y todas las calles empezaban a oscurecerse y al mismo tiempo lucecitas amarillas rodeaban París. La torre Eiffel iluminada como una estrellita y **el Moulin Rouge** recibía más rojo que nunca a sus huéspedes para una dosis de cabaret, un poco de canto, magia y baile para acabar la noche de muchos, pero para mí la noche se estaba alargando demasiado y volví a mi hotel.

A la mañana siguiente, decidí desayunar en los campos Elíseos, el barrio de Montmartre amanecía un poco más oscuro que otros días, pero no podía perderme la arteria más bella de París. Con unos crêpes en la mano, y un zumo de melocotón, empecé a recorrer los casi 2km de extensión hasta llegar al majestuoso Arco de Triunfo. Parecía que Napoleón cuando lo mandó construir no quería algo poco grandioso. Era increíble. De ahí que tardasen casi 30 años en construirlo.

Los crêpes habían sido insignificantes para mi estómago, y decidí irme a comer a L'Atelier de Joel Robuchon Etoile, un restaurante con un local muy curioso, porque la planta de acceso es una gran tienda gastronómica, en la que encuentras todo tipo de delicatessen, y una escalera de bajada te conduce al restaurante, decorado con colores muy intensos que le dan un cierto aire oriental.

Miré mi reloj, y eran más de las 15:00h de la tarde. Después de semejante almuerzo, y viendo las horas que eran, sabía que mi recorrido llegaba a su fin, y esta vez, sería para irme.

Fui al hotel para recoger mis cosas y hacer mi maleta porque en unas horas salía mi vuelo a España desde el aeropuerto Charles de Gaulle.

Cogí un autobús y pagué mis últimos 11 euros. Cuando se los di al conductor, fui consciente realmente que ya me iba, había sido demasiado fugaz, pero no podía quedarme más.

Entre satisfacción y desaliento a la vez, llegué al aeropuerto, y cogí mi avión de vuelta a España. Todos me estaban esperando con ganas de que les contase si todo era tal cual como lo había soñado, y les dije, que nunca es lo mismo soñar algo, que vivir un sueño, y que exactamente era lo que yo había vivido, mi sueño.

“Dicen que lo único que hace que se nos erice la piel, es la ilusión”, por eso, después de ese viaje hubo muchísimos más, y no solo a París.

Francia, forma a día de hoy parte de mi corazón, y he vivido tantas cosas allí, que mis seres queridos muchas veces suelen comentar que quizá en otra vida no lo recorrí suficiente, para hacerlo en esta.